

EL BARCO



DE VAPOR

Mari Ferrer

Las flores de la señora Cucú

Ilustraciones de María José Arce



sm



Un día de cálido sol, el señor
Gómez paseaba por fuera de la casa
de la señora Lulú y la vio vertiendo
agua en maceteros vacíos.





El señor Gómez, que más tenía de chismoso que de curioso, se sorprendió al advertir lo que ella hacía y, para reafirmar lo que sus ojos estaban viendo, le dijo:

—Lindo día para regar las plantas, ¿no, vecina?





—¿Las plantas? Ah sí, mis plantas... todos necesitamos un poco de agua de vez en cuando —contestó ella.

—Pues están muy bellas —dijo él, siguiéndole la corriente.

—Muchas gracias, señor Gómez, es la primavera que a todos nos hace ver un poco mejor.





El señor Gómez aceleró el paso para contarle rápidamente lo ocurrido a quien se le cruzara.





—¡La señora Lulú enloqueció!
¡Piensa que está regando plantas,
cuando en realidad las macetas están
vacías! —le fue con el chisme al
verdulero, a la florista, al cartero, al
panadero, al lustrabotas y a todas las
señoras de la junta de vecinos.



El rumor se propagó por todo el pueblo y desde ese día la apodaron "señora Cucú".

A la señora Cucú le gustaba tomar el sol sentada en el patio que daba a la calle. Ahí saludaba a quien pasara por al frente, y eran esas las únicas conversaciones que tenía en el día. Los vecinos le preguntaban por sus flores imaginarias, para así reírse en secreto de ella.



—Buenos días, qué lindas flores
tiene en esas macetas —le decía el
repartidor del periódico.



—Buenas tardes, señora, sus flores
están cada día más coloridas —le decía
el cartero.





Al ver que sus macetas llamaban tanto la atención y que eran comentario obligado de quien pasara por ahí, la señora Cucú comenzó a regarlas más seguido, y a usarlas como tema de conversación.

“¿Vio qué lindas están mis rosas, señor Gómez? ¿Notó el perfume que brota de mis jazmines, señorita? Vecino, ¿no cree que estas margaritas alegran la calle?”.



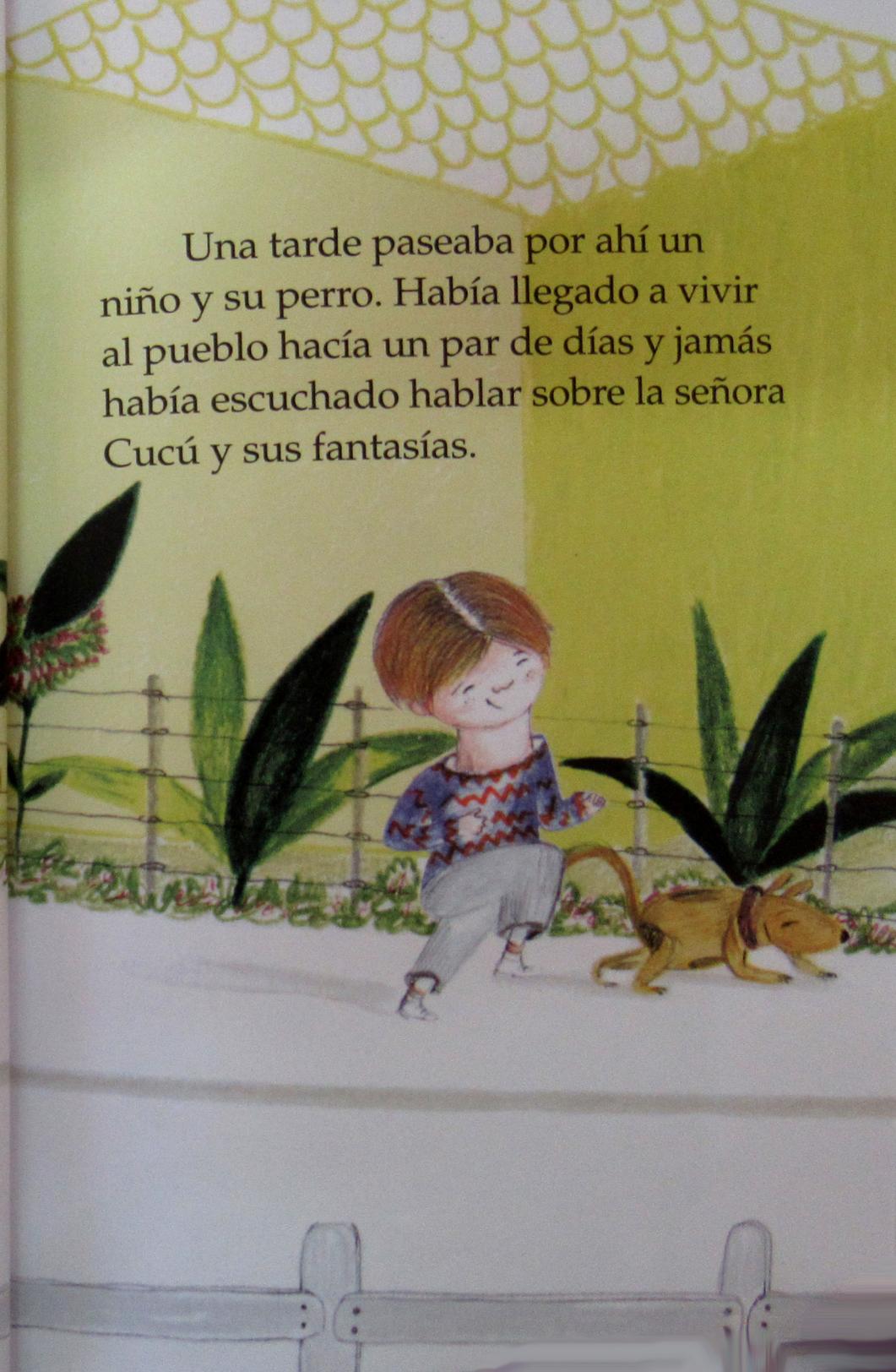


Así vivía sus días la señora Cucú,
hablando de flores invisibles para
retener un rato más a quien pasara por
fuera de su casa.





Una tarde paseaba por ahí un niño y su perro. Había llegado a vivir al pueblo hacía un par de días y jamás había escuchado hablar sobre la señora Cucú y sus fantasías.





—Hola, pequeño, ¿eres nuevo por
acá?

—Sí, señora, vengo del pueblo
vecino —contestó el chiquillo.



—Te apuesto que donde vivías no había flores tan bellas como estas —dijo la señora Cucú señalando orgullosa una fila de macetas vacías.

—¿Flores?

—Sí, mira el color y siente el aroma que tienen; las riego a diario y todos mis vecinos las admiran.





El niño se acercó un poco para mirar más de cerca lo que le mostraba la señora. Se paseó entre las macetas tratando de encontrar alguna flor.



—Señora, discúlpeme, no quisiera ser maleducado, pero ahí no hay ni una sola flor, ni una hoja, ni un tallo. ¡Ni siquiera hay tierra! Sus macetas están completamente vacías —se atrevió a decir finalmente.





—¿Vacías? ¿Cómo que vacías?
—gritó la señora Cucú mientras se
secaba la frente con un pañuelo—. ¿Y
qué me dices de las rosas, los jazmines
y las margaritas de más allá?

—Nada...

—¿Nada?

La anciana tomó asiento con la mirada perdida en el suelo y suspiró con preocupación. El niño la sacó de sus pensamientos cuando dijo:

—Señora, perdóneme. No quise romperle la ilusión, pero usted tiene que darse cuenta de que en sus macetas no hay flores.





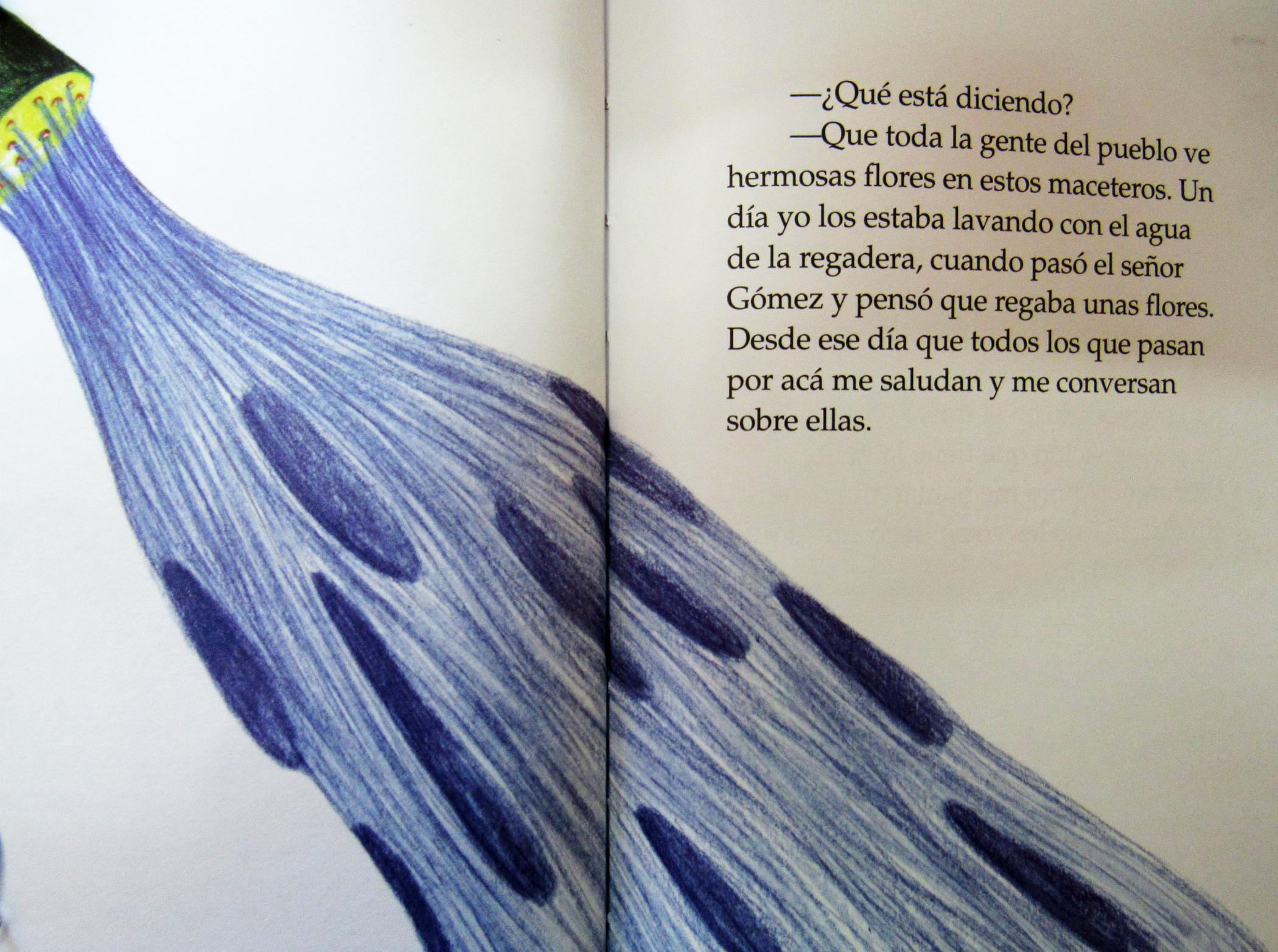
—¿Es decir que tú tampoco ves nada en esos maceteros?

—Por supuesto que no, señora, ahí no hay nada —gritó el niño.



—¡Shhhh! —lo silenció—. Yo sé,
sé que ahí no hay nada, pero habla
más despacio, porque al parecer tú y
yo somos los únicos que nos damos
cuenta.



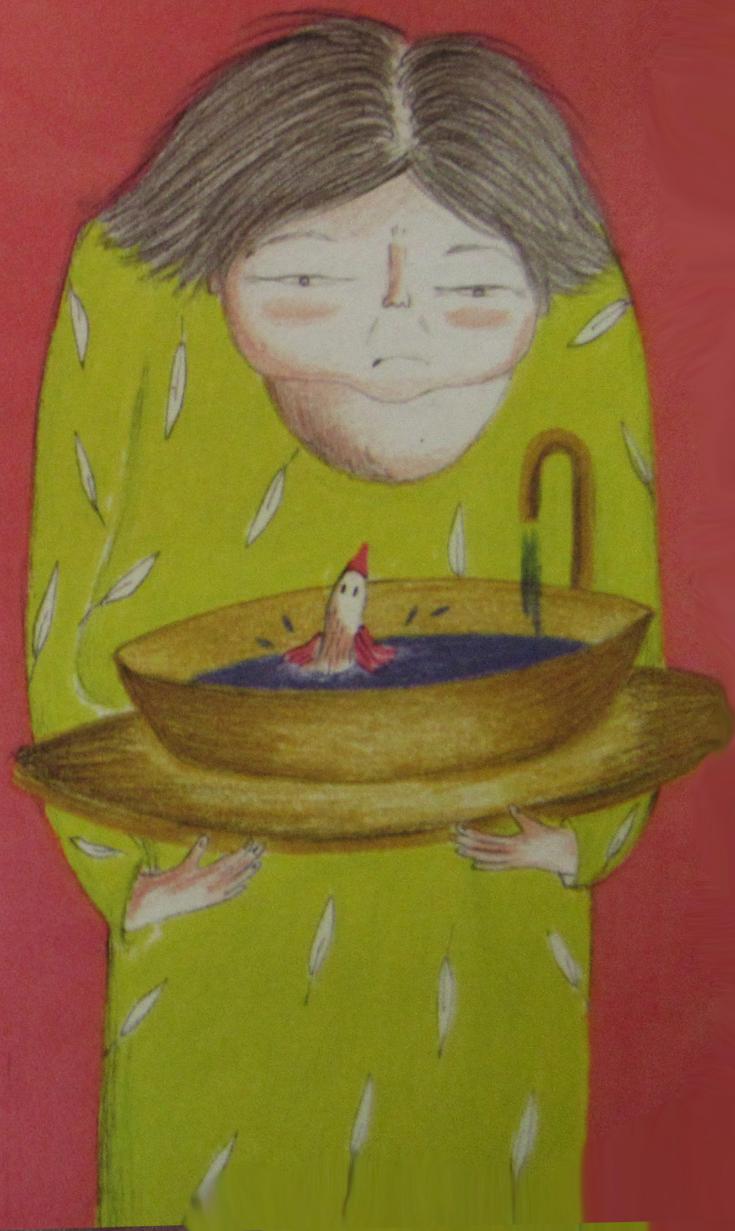


—¿Qué está diciendo?

—Que toda la gente del pueblo ve hermosas flores en estos maceteros. Un día yo los estaba lavando con el agua de la regadera, cuando pasó el señor Gómez y pensó que regaba unas flores. Desde ese día que todos los que pasan por acá me saludan y me conversan sobre ellas.

—¡Están todos locos! ¿Y por qué no los corrige, tal como yo lo he hecho con usted?

—Mírame, niño, soy una vieja sola. Estas flores inexistentes se han convertido en el único tema de conversación que tiene la gente conmigo. ¡Ahora me hablan más que nunca! ¿Cómo les voy a decir que aquí no hay nada?



—La entiendo señora —dijo el niño sintiendo un poco de lástima.

—Además chiquito, deja que te dé un consejo, acércate —y susurrándole al oído continuó—: aquí la gente tiene la lengua muy larga y chismorrear de puro aburridos. Más te vale seguirles la corriente y decir que en estas macetas hay hermosas flores, si no quieres armarte fama de loco. Nadie conversa con los locos, ¿sabes?



El niño entendió el mensaje y le guiñó un ojo, agradeciendo la advertencia de la señora Cucú. Era hora de volver a casa, así que con un silbido llamó a su perro, que olfateaba las macetas para luego levantar la pata en una de ellas.

—¡No, Bobby! ¡En las flores de la señora, no! ¡Vamos!





La señora Cucú le sonrió y sacudió su mano en señal de despedida. El niño se fue contento a su casa, pensando que se había mudado hacía solo dos días y ya tenía una nueva amiga que, por suerte, era la única cuerda en todo ese pueblo lleno de locos.

